

limbo

Núm. 38, 2018, pp. 13-17

ISSN: 0210-1602

El alma mortal

FERNANDO SAVATER

Si yo fuera mío...

G. Leopardi

*Incluso si el hombre muere y no queda nada,
queda que muere*

José Mateos

¿El alma es algo distinto que el cuerpo? Si somos sinceros, creo que todos lo consideramos así. Hablando del modo más sencillo y coloquial, el cuerpo es aquello que nos conecta y compromete con el resto del mundo, mientras que el alma es lo que nos conecta y compromete con el cuerpo. El cuerpo vive siempre en un presente atemporal, irremediable, mientras que el alma sitúa al cuerpo en el tiempo, le dota de un pasado del que proviene como el efecto de la causa y de un futuro indeterminado, sembrado de variables, en cuya invención se propone intervenir decisivamente. El alma es la conciencia de la temporalidad del cuerpo. Claro está, que sean cosas distintas no equivale a decir que sean *separables*. La actitud llamada materialista insiste en su vinculación irrompible. Es más, el alma está permanente e infranqueablemente sometida a los avatares del cuerpo, los cuales refleja y comenta íntimamente con prontitud avasallada. Situada por así decirlo en el reverso del cuerpo, el alma fantasea pero nunca se despega realmente del sólido guión que éste le va dictando, de sus episodios, sus revelaciones, sus trastornos, sus intervalos oníricos como reposo de la vigilia (pero no menos ligados que ésta

al decurso de impulsos corporales, como apuntó Freud), hasta que la extinción del cuerpo apaga definitiva y conjuntamente también su reverso anímico. Incluso para un materialista capaz de valorar filosóficamente su introspección, el alma es algo claramente distinto del cuerpo pero irremediamente unido a él. El destino del alma es el cuerpo. El alma sólo es —y nada menos que es— el comentario que acompaña al margen el texto que va estableciendo el cuerpo, auténtico sujeto de la vida. Ese comentario se debe a lo formulado en el texto principal, aunque a veces divague y parezca separarse de él. Finalmente, cuando acaba el texto corporal, finaliza también su comentario espiritual, al que está negada la posibilidad de ir más allá o aún menos añadir un epílogo edificante o una moraleja. Es cierto que «yo» creo vivir más personalmente en mi alma que en mi cuerpo y a veces confío en que mi reverso anímico compense y magnifique las deficiencias corporales, pero no puedo pedir que las trascienda irrefutablemente. Puedo tener el comentario por más personal y creador que el texto mismo, pero sería una vacua ilusión creer que en algún momento podrá desligarse de él. La finitud del uno marca la mortalidad necesaria de la otra.

Los espiritualistas, en cambio, sostienen que la patente diferencia entre el alma y el cuerpo indica no sólo que también son separables sino aún más, que sus destinos son opuestos. Fabricado con partes cada una de las cuales a su vez puede desmenuzarse en otras, el cuerpo está condenado a la desagregación paulatina y finalmente a la muerte. Nuestra especie biológica, como todas las restantes dotadas de vida, destina a los individuos que la componen a la desaparición para así poder ser reemplazados por otros semejantes. La misma necesidad que nos hace nacer nos exige perecer, en un círculo sin fin ni finalidad, el despropósito de cuya circularidad desesperaba al pesimista Schopenhauer. El alma en cambio es simple y única: tiene multitud de contenidos pero ninguna parte. Tejida con la misma urdimbre inconsútil de que están hechos los sueños, según acertó a decir Shakespeare, su tarea como vigilante del cuerpo acaba con la muerte de éste, pero no está llamada a perecer con él. ¿Por

qué habría de estarlo, si ese cuerpo en que se ha alojado es sólo como un primer destino laboral donde cumple su período de prácticas, el primer barco que le ha tocado pilotar entre tormentas y motines como esos jóvenes capitanes de los relatos de Joseph Conrad que por lo común finalmente salen airosos de la prueba? Tras este empleo para bisonos, el alma se gana su plaza definitiva según los méritos conseguidos en su destino inicial. Puesto que de ese tránsito nada puede saberse de medianamente cierto y todas resultan conjeturas arriesgadas, son las religiones las encargadas de cartografiar según sus tradiciones esa *terra incognita*: paraíso, infierno, nirvana, reencarnación, etc... También podemos suponer, al margen de cualquier religiosidad, que no hay recompensa para los servicios prestados ni demanda por las faltas de celo sino sencillamente traslado a otros servicios sucesivos, reciclaje indefinido de lo inmaterial. Reiniciar el sistema.

De modo que para los materialistas el alma es tan mortal como el cuerpo y para los espiritualistas el cuerpo es mortal pero el alma no, sino que, cuando naufraga nuestra envoltura carnal, siempre tiene un bote salvavidas listo para rescatarla. Estas dos posibilidades son igualmente probables o improbables, cada una de ellas tiene a su favor una trama argumentativa que lo explica todo y no demuestra nada. Hay una tercera posibilidad, que si no me equivoco goza de menos partidarios que las dos anteriores. A mí es la que más me conviene, aunque naturalmente no dispongo de más pruebas que los partidarios de las otras, sólo diversos argumentos que a mi entender bastan para conferirle un aire de respetable verosimilitud. En pocas palabras (cuando se habla de asuntos de los que nadie puede saber nada de cierto, la verbosidad es un pecado insoportable: Nietzsche dijo que con los temas trascendentes hay que hacer como quien se baña en aguas heladas, sólo entrar y salir) puede exponerse así: el alma es algo distinto del cuerpo, lo mismo que el resplandor es diferente de la bombilla eléctrica que lo produce. El cuerpo es en efecto una amalgama de partes, reunidas transitoriamente en una forma tal del mismo modo que antes pertenecieron a compuestos materiales diferentes con otras formas distintas. Llámese a esas partes átomos,

genes o el nombre que la ciencia correspondiente les otorgue en el momento actual. Lo cierto es que esas partes ni se crean ni se destruyen, sólo se transforman en conjuntos variables que se agregan y se disgregan según ritmos temporales más largos o más breves. Lo que llamamos «muerte» del cuerpo no es sino una metamorfosis hacia otras combinaciones sucesivas, que reutilizan una y otra vez los elementos materiales imperecederos. No se trata de una desaparición final ni una aniquilación, solo de un cambio dentro de una inagotable cadena de recomposiciones. Pero el alma no está ligada a esas partes que fluyen, van y vienen, sino a una de las formas que adoptan —la de cuerpo humano, la de *éste* o *aquel* cuerpo humano— y a ninguna otra. Cuando el cuerpo se desmorona como un castillo de naipes que se viene abajo, el alma correspondiente se desvanece porque pertenecía a esa forma y nada más: es lo que hacía que esa forma fuese precisamente *ésa* y no otra. Del castillo de naipes desmoronado quedan los naipes, sus partes, listas para retornar al crisol inacabable de las transformaciones corporales en las que la partida vuelve a comenzar; pero el alma no tiene partes, es simple, proviene de una forma de agruparse esas partes y acaba cuando se desunen. Para ella, para cada uno de nosotros, la existencia es una vez y no más.

Ya sé que nada de esto es nuevo o demasiado original, probablemente los materialistas lo acepten como una variante de su posición, aunque no es del todo idéntico (en el primer planteamiento que hemos indicado muere el alma junto con el cuerpo, en éste sólo el alma mientras que el cuerpo se transforma en otra cosa). Pero sobre todo hay una consecuencia que me parece muy significativa y que encierra cierto drama que no suele verse debidamente subrayado. Según la primera posición que expusimos, el alma es tan mortal como el cuerpo y le acompaña en su finitud; pero lo que dice esta última postura es que el alma es mortal aunque el cuerpo realmente no lo sea. Es decir, *que el alma no sólo es mortal sino que es lo único mortal que hay*. Sólo el alma muere en nuestro tétrico mundo, nada más. Por tanto nosotros los humanos, los seres dotados de conciencia autorreflexiva, es decir, de alma, somos los únicos mortales del

universo que conocemos. Nada muere, nada es sólo una vez y nunca más, sólo nosotros. Tal es nuestro fatal privilegio. Y por eso el alma sólo puede enamorarse de otra alma. Amar es celebrar con emoción y zozobra la existencia de algo que podría no haber sido y que necesariamente debe dejar de ser. El amor es el reconocimiento conmovido de lo evanescente por lo pasajero. Amamos en otro esa semejanza con nuestro destino y el amor singulariza lo irrepentible y frágil, lo precioso porque está al borde fatal de dejar de ser. Lo eterno, lo infinito, lo indestructible serán admirados, temidos o reverenciados por nosotros, pero no amados. Con permiso de Spinoza, a Dios o a la Naturaleza no se le puede amar, salvo modificando el significado de este verbo. Amar no es poseer, sino inquietarse conmovedoramente por algo que nos es tanto más próximo cuanto que sabemos que lo podemos perder. O añorar lo perdido, cuyo creciente deslizarse hacia la nada tanto se nos parece.

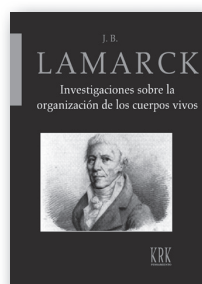
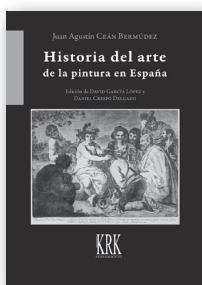
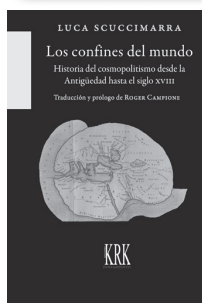
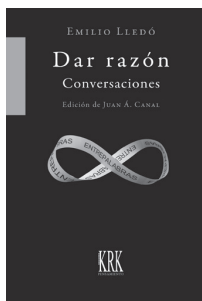
Director

Claves de Razón Práctica

Valentín Beato, 44

28037 (Madrid)

E-mail: bgonzalez@prisarevistas.com



EDICIONES
KRK

PEDIDOS
correo@krkediciones.com
www.krkediciones.com